

EL IMPERIO GRIEGO DE BIZANCIO

Una Aproximación al Mundo Bizantino y su Legado Histórico

José A. Marín R.^{1*}

RESUMEN

El año 330 d.C. se funda Constantinopla, capital de uno de los imperios más interesantes de la Historia y cuyo legado alcanzó a las tres civilizaciones del Mediterráneo: la Cristiana Ortodoxa, la Cristiana Occidental, y la Islámica. Durante la mayor parte de sus más de mil años, el Imperio Bizantino fue el «estado» más importante del Mediterráneo, llegando a configurar una identidad propia, una verdadera «nacionalidad bizantina», cuyos pilares eran una lengua común a todo el Imperio, el griego; una cultura propia que aglutinaba no sólo a griegos, sino también a armenios, anatolios, sirios y palestinos y, más tarde, eslavos -a quienes Bizancio evangelizó y civilizó completamente-; y, lo que proporcionó cohesión a este mundo, una religión común, el cristianismo. Este mundo bizantino es la maduración de la Civilización Grecorromana, pues añadió la unidad religiosa y cultural a la unidad política. Este artículo presenta una síntesis de la rica historia bizantina, señalando sus etapas más importantes y resaltando especialmente sus aportes a la Historia Universal. Se incluye también una orientación bibliográfica general para el lector interesado.

Palabras-claves: Civilización o Imperio Bizantino; Griego; Cristiano; Gran Brecha, Renacimiento Macedonio.

ABSTRACT

THE GREEK BYZANTINE EMPIRE

In 330 A.D., Constantinople - the capital of one of the most interesting empires of human History and whose legacy reached at the three Mediterranean civilizations: the Christian Orthodox, the Christian Western, and the Islamic - was founded. During a long time of its millenarian history, the Byzantine Empire was the most important Mediterranean «state», creating and developing its own identity, a real «Byzantine nationality», whose pillars were: a common language, the Greek, to all the Empire; a culture that united not

¹ Magister en Historia. Secretario de la Sociedad Chilena de Estudios Medievales. Profesor en la Pontificia Universidad Católica de Chile, en el Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos de la Universidad de Chile, y en las universidades Católica de Valparaíso, Gabriela Mistral, Marítima de Chile y Adolfo Ibáñez.

only the Greeks, but also the Armenians, Anatolics, Syrians, Palestinians, and, afterwards, the Slavics - they were evangelized and totally civilized by Byzantium-; and a common religion, the Christianity, which provided cohesion to this world. This Byzantine world was the culmination of the Greco-Roman Civilization and its political unity, because it added to that the religious and cultural unity. This article presents a synthesis of the rich Byzantine history, pointing out its more important periods and especially emphasizing its contributions to the Universal History. A general bibliography for the interested reader is also included.

Key-words: Byzantine Empire (or Civilization); Greek Culture; Christianity; Great Breach, Byzantine Renaissance.

1

En el año 657 a.C. un grupo de colonos procedentes de la ciudad griega de Megara alcanzaron las riberas del Bósforo y, dándose cuenta de su privilegiada situación geográfica, fundaron una ciudad a la que llamaron Bizancio, honrando así a Bizas, su mítico fundador y uno de sus reyes. Casi mil años más tarde, sobre los cimientos de esta antigua colonia griega -que había jugado un rol histórico secundario hasta entonces-, se funda la Nueva Roma, o Constantinopla, recordando a Constantino el Grande (305-337), su ilustre fundador, ciudad llamada a ser la capital de uno de los imperios más originales de la Historia y cuyo influjo se hizo sentir notablemente sobre las tres civilizaciones del Mediterráneo: la Cristiana Ortodoxa -que nombramos en primer lugar por ser heredera directa de Bizancio-, la Cristiana Occidental, y la Islámica. El Imperio Bizantino es una de las pocas formas políticas de su tipo con fecha de fundación precisa: el 11 de mayo del 330 d.C. Conocemos también con exactitud la fecha de su fin: 29 de mayo de 1453. Durante la mayor parte de esos 1123 años el Imperio Bizantino mantuvo su preeminencia como el «estado» más importante del Mediterráneo, llegando a configurar una identidad propia, una verdadera «nacionalidad bizantina», cuyos pilares eran una lengua común a todo el Imperio, el griego; una cultura propia que aglutinaba no sólo a griegos, sino también a armenios, anatolios, sirios y palestinos y, más tarde, eslavos; y, lo que proporcionó cohesión a este mundo, una religión común, el cristianismo, que adquiere características cada vez más distintivas frente al cristianismo católico occidental. Este mundo bizantino se presenta ante nuestros ojos como la maduración de la Civilización Grecorromana, pues supo añadir la unidad religiosa y cultural a la unidad política.

Los fundamentos de la Civilización Bizantina son:

- a) Lo Helenístico, esto es, el helenismo parcialmente orientalizado, que se había extendido por gran parte del mundo Mediterráneo tras las conquistas de Alejandro Magno. Tan importante es este pasado que el cronista Miguel el Sirio (s. XII) dirá que el Imperio de Constantinopla, que para él comienza con el reinado de Tiberio a fines del siglo VI, es el Segundo Imperio griego, continuación del primero, identificado con los antiguos reinos helenísticos.
- b) Lo Romano, ya que el Imperio de Bizancio es la continuación del Imperio Romano, y a éste debe gran parte de su organización política, administrativa, militar y financiera. Los bizantinos siempre se llamarán a sí mismos «romanos» -el término «heleno», hasta el siglo X, es sinónimo de «paganos»-, y el emperador será el «Basileus ton Romeion», es decir, «emperador de los romanos». Tales denominaciones se seguirán empleando aun en aquellas épocas en que el dominio del griego es total.
- c) El Cristianismo, sin el cual es imposible comprender el espíritu bizantino. La religión se vivía entonces con una intensidad y un misticismo prácticamente incomprensibles actualmente, lo que explica muchos rasgos de la Civilización Bizantina que parecen chocantes hoy en día a una humanidad que ha confinado a un rincón marginal de su existencia la experiencia de lo sagrado. Bizancio, y esto constituye su genio, según Dionisios Zakythinós, supo llevar a cabo una síntesis entre lo helenístico, lo romano y lo cristiano; ello, por ejemplo, moderó las formas despóticas y absolutistas propias del Oriente. Este helenismo cristianizado se tornará cada vez más «bizantino». Lo cristiano estará siempre presente; en cuanto a los otros dos factores, predominará uno u otro según el período que se estudie. En esta oportunidad nos interesa detenernos en el ancestro helénico, para comprender por qué se puede hablar, con propiedad, de «Imperio Griego de Bizancio», de «Civilización Greco Bizantina», o de «Imperio griego Medieval».

2

En las etapas llamadas «Protobizantina» y de «Transición Latino-Griega», esto es, entre los siglos IV y VII, que marcan el fin del imperio Romano como tal y el comienzo del Imperio Bizantino, se da un proceso por el cual, de forma cada vez más acentuada, se abandona el ancestro romano para asumir una forma y un contenido cada vez más griegos. Ya la división del Imperio Romano

en Occidente y Oriente, llevada a cabo por Teodosio I en 395, daba cuenta del reconocimiento de dos ámbitos culturales, uno latino y el otro griego, y desde esta época se estará frente a dos historias distintas y particulares. Mientras la Parte Occidental del Imperio sucumbe ante las acometidas bárbaras - ruralizándose, empobreciéndose y atomizándose-, la Parte Oriental logra sobrevivir -mérito suficiente para quedar en las páginas de la Historia- todo un milenio, conservando una rica vida urbana, una amplia circulación monetaria y un poder central vigoroso y consciente de su misión histórica: llevar a los pueblos bárbaros la luz de la Civilización Cristiana.

Justiniano (527-565), con justicia llamado «el Grande», es el «último» emperador romano y el «primero» del Imperio Bizantino. Fue bajo sus auspicios que se construyó la iglesia más grande, hasta entonces, de la cristiandad: la catedral de Hagia Sophia, dedicada a la Santa Sabiduría que debe iluminar al Imperio, y que hoy sigue en pie desafiando el paso de los siglos, testimonio inigualable del espíritu bizantino, verdadera joya arquitectónica y artística, decorada con hermosos mosaicos que aún conmueven interiormente a quien los contempla, y coronada con una majestuosa cúpula de treinta metros de diámetro que, al decir de los contemporáneos, parece estar suspendida en el aire. Los enviados del príncipe Vladimir de Kiev, en el año 988, nos legaron la siguiente impresión de la *megalé eklesia* (gran iglesia): «Los griegos nos condujeron a sus edificios donde honran a Dios, y no sabíamos si nos encontrábamos en el cielo o en la tierra, ya que en la tierra no hay tanto esplendor ni belleza y no sabemos cómo describirlo. Sólo sabemos que Dios habita allí entre los hombres y que su culto es más bello que las ceremonias de otras naciones. Nos será imposible olvidar tanta belleza».

Con Justiniano se cierra prácticamente el «ciclo latino» y triunfan las tendencias helenizantes. Por un lado, fiel a la tradición romana, se lanza a la aventura de reconquistar para el Imperio el Mediterráneo, empresa que no tuvo resultados duraderos y después de la cual Bizancio concentrará sus energías en el Oriente. Por otra parte, bajo su mandato se realiza una hercúlea labor de recopilación del Derecho Romano, el *Corpus Iuris Civilis*, en latín; sin embargo, es en su época cuando se comienza a legislar en griego, de más fácil comprensión puesto que era la lengua corriente en el Imperio. El patriotismo romano, así, cede ante el patriotismo griego, ya que es el griego, ahora, la «patrios foné», la lengua patria. El predominio de la lengua helénica en el oriente bizantino permitirá la comunicación fluida con el pasado helénico clásico y con la patrística cristiana que, como se aprecia en los escritos de San Basilio Magno o de Gregorio Nacianceno, se había nutrido del pensamiento filosófico griego. Efectivamente, la lógica aristotélica fue puesta al servicio del pensamiento teológico, convirtiéndose en la más estudiada por los teólogos bizantinos. Este

contacto con el pasado clásico se mantendrá siempre en el Imperio, y puede decirse que el helenismo bizantino es a la Edad Media lo que el helenismo clásico es a la Antigüedad.

Se debe a Teodosio II (408-450), en 425, aunque existía ya una Escuela fundada por Constantino, la creación de la llamada «Universidad» de Constantinopla -en Occidente habrá que esperar siete siglos (!) para ver algo similar-, destinada a formar funcionarios idóneos para el Imperio; esta institución era, en palabras de Charles Diehl, «un admirable seminario de la cultura antigua». Rápidamente se impuso el griego como lengua de la enseñanza. Allí se realizaban estudios de gramática, retórica, dialéctica, derecho, filosofía, aritmética, música, geometría, medicina y física. Existían, además, otras Escuelas de Estudios Superiores en el Imperio, como las de Antioquía y Edessa, dedicadas especialmente a los estudios de teología; la de Beiruth, donde se estudiaba el derecho; las de Alejandría y Atenas, verdaderas capitales de la filosofía. Si bien esta última fue clausurada en el año 529 por un Decreto Imperial -a fin de terminar con la enseñanza pagana-, la filosofía griega continuó estudiándose en Bizancio, como algo propio y necesario, incluso por hombres de Iglesia. La importancia de la «Universidad» de Constantinopla queda de manifiesto al evocar la figura del armenio Mesrop (s.IV-V), quien aprendió el griego y la cultura helénica en sus aulas para después crear un alfabeto armenio que le permitiera traducir obras griegas a su lengua materna. La literatura armenia, pues, tiene su origen en esta institución de estudios superiores.

También en los niños la educación era esencialmente helénica. A los seis años se iniciaban los cursos de gramática griega leyendo y comentando a los clásicos; entre estos, se atribuía primerísima importancia a Homero, cuyos versos eran aprendidos de memoria. Miguel Psellós (s.XI), uno de los pensadores más importantes de la historia bizantina, se jactaba diciendo que a los catorce años podía recitar la *Iliada* de memoria. A pesar de la distancia temporal, Homero sigue siendo «el educador de la Hélade», pues Bizancio es parte y continuación natural de ella. Pero, junto a Homero, no hay que olvidar la Biblia, también aprendida de memoria; en ella los cristianos encontraban enseñanzas morales, toda una filosofía de vida y, lo que explica algunos episodios decisivos de la Historia del Imperio, una respuesta trascendente frente a un mundo que en muchas ocasiones mostraba en forma dramática su caducidad. Es el espíritu cristiano -que se nutre de las Escrituras- el que esculpirá el ser histórico bizantino.

En esta primera época se destacan figuras de gran valor intelectual, como, por ejemplo, el neoplatónico Synésios de Cirene; el patriarca Juan Crisóstomo, destacado orador -su nombre significa «boca de oro»-, que escribe en un griego casi clásico; la emperatriz Athenais-Eudoxia, humanista y poeta, entre otros.

Entre los últimos representantes de este brillante período no se puede dejar de nombrar al patriarca Sergio, en el siglo VII, quien estudió la historia y la filosofía antiguas estableciendo una relación de continuidad entre la época clásica y la suya. Todos ellos -y muchos otros- estudiaron las obras griegas antiguas, se preocuparon de escribir como sus antiguos maestros y, hecho de gran relevancia, comenzaron en Bizancio la labor de recopilación y copia de los manuscritos antiguos, conservando y difundiendo la herencia helénica.

Al finalizar este período, a principios del siglo VII, ya estamos frente a un Imperio griego y cristiano, hecho que quedó plasmado en el título imperial que adoptó en 629 el emperador Heraclio (610-641): «Basiléus Roméion Pistós en Christo», «Emperador de los Romanos fiel en Cristo». Podemos decir, recogiendo palabras de D. Zakythinós, que aún quedará parte de «la tradición romana, sí, pero enriquecida por la experiencia helenística, humanizada por la concepción griega de la dignidad humana y su noción del bien común, y temperada por el cristianismo».

3

Entre los siglos VII y IX se produce la llamada «Gran Brecha del Helenismo», abismo que separa dos paisajes históricos bien definidos. Es el fin de una era que, para los griegos, se remonta, sin interrupción, hasta la Antigüedad Clásica. En Grecia, durante dos siglos, entre 650 y 850, la vida se empobrece y la actividad intelectual parece detenerse. Unos *graffitis* de poco valor escritos en el Parthenón de Atenas constituyen la única fuente escrita del período. Es una verdadera «edad oscura», cuyos orígenes están relacionados con las invasiones ávaro-eslavas y búlgaras, que convulsionan la vida en los Balcanes. Pero también hay que buscar la explicación en un fenómeno más global: la crisis mediterránea, a escala «mundial», provocada por el ascenso del poderío musulmán. Pareciese que, en la misma Grecia, el helenismo ha declinado hasta la agonía. Bizancio, por su parte, no presenta un cuadro mucho más alentador: entre los siglos VII y VIII -aun cuando sabemos que, hacia el 680, Teodoro de Tarsos llega a Inglaterra portando manuscritos de varios autores griegos, entre ellos Homero, Flavio Josefo y Juan Crisóstomo, fundamento de un futuro despertar intelectual inglés- decaen notoriamente la instrucción pública y la actividad intelectual. El Imperio se enfrenta, en el occidente, a eslavos, ávaros y búlgaros, quienes se han adueñado de los Balcanes interrumpiendo de esta manera las comunicaciones con el Occidente Latino. En el oriente, Siria y Palestina, así como el norte de Africa, han caído en manos musulmanas. El Imperio queda reducido, prácticamente, al área tradicionalmente griega del Mediterráneo Oriental, lo que reforzará su carácter helénico.

A esta crisis exterior se suma otra interior, que conmocionó al Imperio por más de un siglo (726-843): la Querrela de las Imágenes. La iconoclasia se nos presenta como la arremetida de las tendencias orientalizantes en contra no sólo del helenismo clásico y su aprecio por la belleza artística, sino también de una profunda convicción de los cristianos que ven en las imágenes (íconos) un medio para acercarse a lo Trascendente. En efecto, el arte bizantino no tiene como fin el mero goce estético, sensual, sino que debe producir una conmoción que eleve el alma hacia Dios: «per visibilia ad invisibilia», de lo visible y corpóreo, hacia lo invisible e incorpóreo, decía el Pseudo Dionisio Areopagita. En la defensa de la veneración de los íconos los bizantinos se jugaban, pues, la Salvación de sus almas, y es ésto lo que explica la férrea disposición que manifestaron al defender sus creencias. El triunfo de los iconodulos, veneradores de imágenes, en 843 -la Fiesta de la Ortodoxia, verdadera efeméride nacional bizantina-, marca también el triunfo del helenismo cristianizado.

4

La «Gran Brecha» es un período crítico del cual Bizancio emergerá poderoso y revitalizado militar, política y culturalmente. Constantinopla es ahora una verdadera «reserva» del helenismo, y su población, totalmente griega, será ocupada en la repoblación de la reconquistada Grecia: en efecto, Bizancio salvó el helenismo incluso en la misma península balcánica, gracias a que había sabido apreciar y atesorar, conservándola vigente, la herencia griega. Es éste, sin duda, uno de los grandes aportes de la Civilización Bizantina a la Historia Universal.

Entre los años 850 y 1050 se vive en el Imperio un verdadero florecimiento intelectual -es el llamado «Renacimiento Macedonio»- en torno a los estudios clásicos. Un hito importante en este proceso lo constituye la reorganización de la Universidad de Constantinopla, obra del César Bardas, a mediados del siglo IX. En esta época se habla y se escribe en el Imperio un griego excelente, y en los siglos XI y XII en una forma muy próxima al clásico.

Sin duda que una de las figuras más destacadas de este período es la del patriarca Focio, tristemente célebre por el cisma eclesiástico que protagonizó. Su legado más importante lo constituye una obra conocida como la *Biblioteca*, selección y comentario de 279 obras, entre las cuales se cuentan autores griegos clásicos, helenísticos y cristianos. Focio prestó un gran servicio a la posteridad, ya que muchas obras de la Antigüedad las conocemos hoy sólo gracias a la preocupación del patriarca; hay que tener presente que tal repertorio bibliográfico es apenas un «botón de muestra» de los escritos conocidos y estudiados en la época. Otro libro de Focio, en el que demuestra su preocupación por la

lengua helénica, es un diccionario etimológico, el *Lexicon*. Focio es, en verdad, el hombre que, después de la interrupción iconoclasta, supo ligar fuertemente y en forma definitiva a Bizancio con la Grecia clásica.

Al recordar a los grandes humanistas bizantinos, no se puede dejar de nombrar a Constantino VII Porphyrogénito, de mediados del siglo X, quien, si bien no fue un buen emperador, sí fue un intelectual de gran valor. Gracias a su obra *Sobre las Ceremonias*, conocemos en detalle el fastuoso ceremonial de la Corte de Constantinopla; en *Sobre los Themis* (provincias bizantinas) encontramos una excelente exposición y descripción de las provincias imperiales, involucrando geografía e historia; quizá su obra más relevante sea el *De Administrando Imperio*, dedicada a su hijo, un verdadero manual acerca de cómo debe dirigirse el Imperio, con una interesante descripción de sus pueblos vecinos y recomendaciones que el emperador debe seguir al entrar en relación con cada uno de ellos. Constantino VII se rodeó de una corte de sabios, destacándose como uno de los pocos casos de mecenas en la Edad Media.

Durante el siglo X se estudió con ahínco la filosofía aristotélica, platónica y neoplatónica. Del Oriente musulmán Abásida, donde en esta época se persigue a los cultores de la filosofía helénica, llegan a Constantinopla muchos sabios cargando con valiosos manuscritos, que se remontan a antiguas bibliotecas romanas, o que llegaron a Persia junto con la migración de maestros atenienses poco después de la clausura de la Escuela de Atenas. Esta verdadera migración de intelectuales que renuevan los estudios en Bizancio, es una prefiguración de lo que ocurrirá en Italia cuatro o cinco siglos más tarde. Bizancio ha logrado un equilibrio en esta época: se estudia el legado clásico y helenístico, utilizando términos y terminologías clásicas, pero ajustándolas a su atmósfera cristiana.

5

Aunque en crisis desde el siglo XI (podemos tomar como hitos el 1054, año del *cisma* religioso, o el 1071, el desastre bélico de Mantzikert, o los años que corren entre 1060 y 1090, cuando se produce la primera gran devaluación monetaria después de ocho siglos de estabilidad económica, hecho inédito en la Historia), y más profundamente desde el siglo XIII (cuando la Capital, en 1204, es ocupada y saqueada por los Cruzados, desmembrándose el Imperio), la actividad intelectual no se detiene: Ana Comnena y su *Alexiada*, el filósofo Manuel Psellós, o los tratados políticos de Nicéforo Blemmydes, dan buena cuenta de ello.

Finalmente, en los siglos XIII y XIV se vuelven a estudiar los autores clásicos y cristianos con renovado vigor, tal vez debido a que se tuvo conciencia del desastre que se aproximaba, de modo que se buscaba intensamente, frente a

los tiempos adversos, un consuelo en aquel pasado esplendoroso, buscando allí las respuestas para las dramáticas interrogantes del momento. Sabios bizantinos de renombre, como Crisolaras o Gemistus Plethon, emigraron a Italia impulsando allí los estudios clásicos, primeros pasos del Renacimiento Occidental de los siglos XIV, XV y XVI, mientras que otros sabios griegos fueron acogidos en diversas cortes occidentales. No fue este el único servicio que el Imperio prestó a la Civilización Occidental: protegió a Europa, durante mil años, de las acometidas de las hordas bárbaras del Asia, dando tiempo al Occidente para organizarse. Bizancio, pues, defendió y civilizó en parte a la Civilización Cristiana occidental.

De esta época data también uno de los monumentos artísticos más impresionantes de Bizancio: la iglesia de San Salvador in Chora, verdadero relicario donde se guardaba el ícono milagroso de la Panagia Hodigitria, atribuido al apóstol san Lucas. Los mosaicos y pinturas de esta iglesia constituyen uno de los más egregios testimonios del arte bizantino, por la solidez conceptual de su programa iconográfico, su fino acabado artístico y la exposición clara de las tendencias clásicas del llamado «Renacimiento Paleólogo»; es uno de los más logrados y famosos monumentos de Constantinopla, y una de las galerías de arte más interesantes del mundo.

También el mundo musulmán recibió el legado bizantino. Ya hicimos notar que en 529 muchos intelectuales griegos emigraron a Persia, que poco más de un siglo después caería bajo dominio islámico. Avicena o Averroes, connotados estudiosos de la filosofía griega, especialmente de Aristóteles, deben a Bizancio el conocimiento de ella; este contacto con el mundo clásico llegará también a Occidente a través de la España musulmana. Los bizantinos estudiaron las matemáticas, pero su complicado e imperfecto sistema numérico no les permitió realizar grandes avances en dicha ciencia; los musulmanes recibieron esta herencia y la perfeccionaron magistralmente, pero no hay que olvidar que, en principio, recibieron este saber de manos bizantinas. Finalmente, recordemos que la arquitectura, religiosa o civil, del Oriente Islámico, fue en gran parte obra de arquitectos y artesanos bizantinos: de hecho, Bagdad, casi completa, fue levantada por éstos. Que los musulmanes hayan transitado desde una ruda cultura hasta una refinada civilización lo deben, en gran medida, al influjo bizantino.

La entrada de los eslavos en la Historia Universal es, también, obra de bizantinos, quienes los evangelizaron y civilizaron. Es durante la época de Focio cuando la expansión misionera de Bizancio se encuentra en su cúspide. En aquel tiempo, dos hermanos, Cirilo y Metodio, crean un alfabeto, el glagolítico -origen del actual alfabeto cirílico-, para traducir a la lengua eslava las Sagradas Escrituras. Serbios, búlgaros y rusos, principalmente, aunque también

moravos e incluso croatas en un primer momento, recibirán el bautismo de manos de sacerdotes griegos, y cada uno de estos pueblos gozará de un privilegio que no existirá en Occidente hasta nuestro siglo: la liturgia en lengua vernácula. A la traducción de escritos religiosos siguió pronto la de obras profanas, integrándose las naciones eslavas a la cultura greco-bizantina. Los pueblos eslavos, así, deben a Bizancio, específicamente a Cirilo y Metodio -así como también a los desvelos del patriarca Focio y al apoyo del emperador Miguel III- su tradición literaria. Pero no sólo la religión y la literatura: recibieron de los bizantinos el Derecho, las formas de organización política, el pensamiento filosófico, la arquitectura y el arte. En resumen, Bizancio evangelizó y civilizó en forma completa y total a los pueblos eslavos, quienes, incluso, ampliaron el área de influencia bizantina: los búlgaros transmitieron este legado a los vácacos -ancestros de los rumanos-, mientras que los rusos se lo enseñaron a los lituanos.

6

En 1453 circulaba una leyenda en Constantinopla: el último emperador se convertirá en una estatua de mármol que, por la Gracia de Dios, recobrará la vida cuando el mal haya pasado, para conducir a su pueblo, triunfalmente, ante el Juez Supremo. Sin poder salvar el Imperio, pues, se salva la imagen providencial del emperador. Esta fuerza mística va a ser rescatada por los pueblos herederos de Bizancio: los rusos formularán la doctrina de una verdadera *translatio imperii*, según la cual Moscú es la Tercera Roma, heredera legítima del Imperio Romano. Los griegos, por su parte, para quienes la historia de Bizancio es su propia historia, recordarán al Imperio en la época de su independencia, recuerdo que es admiración por el pasado y esperanza en el futuro.

BIBLIOGRAFIA

Una buena introducción al mundo bizantino y a la bizantinología, es la obra de O. Mazal, *Manuel d'Études Byzantines*, Traduit de l'Allemand par C. Detienne, Brepols, 1995 (1988), Bruselas, que constituye lo que podría llamarse una iniciación a los estudios bizantinos, una exposición sintética de los grandes problemas que plantea la bizantinología. En catorce capítulos el autor introduce al lector en el mundo de Bizancio, desde un breve resumen de su historia (cap. III) hasta las ciencias auxiliares de la bizantinología (c. XIII), pasando por la literatura (c. IX), la enseñanza (c. X), el monaquismo (c. VII) o la lengua griega en época bizantina (c. VIII), entre otros temas.

Para el lector lego en la materia, serán de gran utilidad los siguientes manuales de Historia Bizantina, de los cuales hemos extraído más de alguna idea o dato relevante: pequeño manual, de gran claridad, que integra documentos al texto, es el de A. Bailly (*Bizancio*, Trad. de L. Martín y L. Salgado, Imprenta Rubí, 1943 (Paris, 1939), Barcelona), el cual, con todo, no alcanza la profundidad y claridad de exposición del trabajo de Norman Baynes (*El Imperio Bizantino*, Trad. de M. L. Díez-Canedo y F. Giner de los Ríos, F.C.E., 1985 (Oxford, 1925), México D.F.), dividido en capítulos que, a diferencia de los manuales tradicionales, no siguen una secuencia cronológica, sino temática. La obra de L. Bréhier (*El Mundo Bizantino*, Trad. de J. Almoína, UTEHA, 1956, México, 3 vols.: *Vida y Muerte de Bizancio*, *La Civilización Bizantina*, *Las Instituciones del Imperio Bizantino*), constituye, en su conjunto, un manual de inestimable valor para conocer la vida espiritual y material de Bizancio. Si el libro de N. Baynes es recomendable por su extraordinaria síntesis, el de Bréhier lo es por sus excelentes y documentadas descripciones y análisis. No podemos dejar de recomendar *El Imperio Bizantino 395-1204* de F. Malleros (Ed. del Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos «Fotios Malleros» de la U. de Chile, 1987 (1951), Santiago de Chile), primer manual de Historia Bizantina publicado en América Latina. También es aconsejable la lectura de *La Civilización Bizantina* de S. Runciman (Trad. de A. J. Dorta, Pegaso, 1942, Madrid), que, como la citada obra de N. Baynes, constituye un manual de tipo temático. Un clásico de la historiografía sobre Bizancio lo constituye la obra de A. Vasiliev (*History of the Byzantine Empire 323-1453*, The University of Wisconsin Press, 1964 (1928), Madison and Milwaukee, 2 vols.; hay Trad. al español, *El Imperio Bizantino*, realizada por J. de Luaces, para Gil Ed., 1946, Barcelona). A H. Ahrweiler debemos dos artículos de síntesis acerca de la milenaria historia del Imperio Bizantino: «L'Empire Byzantin» (Cap. VI de *Le Concept d'Empire*, sous la direction de Maurice Duverger, P.U.F., 1980, Paris, p. 131 y ss.) y «L'Empire Byzantin. Formation, évolution, décadence», en: *Recueils de la Société Jean Bodin*, 31 (Bruxelles, 1973), p. 181-198, ahora en: Ahrweiler, H., *Byzance: les pays et les territoires*, Variorum Reprints, 1976, London). En ellos, con una claridad notable, la autora expone las características esenciales del Imperio Bizantino, sin entrar en una narración tan detallada como en los manuales ya citados. Para la época de Teodosio el Grande, y la historia del Imperio Oriental hasta el siglo VI, aparte de los manuales ya recomendados, véase la excelente exposición que hace del proceso histórico F. Lot en *El Fin del Mundo Antiguo y los Comienzos de la Edad Media* (Trad. de J. Amoros, UTEHA, 1956, México D.F.).

Acerca de la fundación de Constantinopla y, en general, de la ciudad, se pueden leer dos hermosos libros debidos a la erudita pluma de G. Dragon:

Naissance d'une Capitale. Constantinople et ses Institutions de 330 à 451, PUF, 1974, Paris, y *Constantinople Imaginaire. Etudes sur le recueil des "Patria"*, PUF, 1984, Paris. También reviste gran interés el reciente libro *Constantinople and its Hinterland*, Edited by Cyril Mango and Gilbert Dragon with the assistance of Geoffrey Greatrex, Society for the Promotion of Byzantine Studies, Publications 3, Variorum, 1993, London. A pesar de ser más antigua y de carácter general, sigue siendo de interés *The City of Constantinople*, de Michael Maclagan, Thames and Hudson, 1968, London.

Las ideas expuestas más arriba acerca de una «nacionalidad» y «síntesis» bizantinas, así como algunas nociones muy interesantes sobre los fundamentos de la Civilización Bizantina y su proyección histórica en el sudeste europeo, las hemos tomado de un esclarecedor artículo de D. Zakythinós que lleva por título «Byzance et les peuples de L'Europe du Sud-est. La synthèse byzantine» (en: *Actes du Premier Congrès International des Etudes balkaniques et Sud-Est Européennes*, Sofia, 26 Août - 1^o Septembre 1966, t. III, Sofia, 1969, p. 9-26). El problema del ancestro helenístico de Bizancio es abordado por el mismo autor en «Etatisme byzantine et expérience hellénistique» (en: *Mélanges Henri Grégoire*, II, Annuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire Orientales et Slaves, X, 1950, Bruxelles, 1960, p. 667-680). A Zakythinós corresponde también el haber incorporado, tomándolo de la historiografía alemana, el concepto de «Brecha Histórica», que explica claramente las condiciones materiales, intelectuales y espirituales de la historia griega y bizantina de los siglos VII al IX; esta conceptualización, que el autor utiliza en los dos artículos ya citados, es explicada en detalle en «La Grande Brèche dans la tradition historique de l'Hellénisme du septième au neuvième siècle» (en: *Jaristirion eís Anastásion K. Orlóndon. Dimosíeuma tis en Athínais Arjaioloyikís Etaireías* (en Athínais, 1966), p. 300-327). Los tres artículos han sido publicados en: Zakythinós, D., *Byzance: Etat-Société-Economie*, Variorum Reprints, 1973, London.

El tema de la noción de Imperio en Bizancio y cómo ésta se encarnó de manera singular en la realidad histórica bizantina, ha sido estudiado con gran profundidad analítica y conceptual en la Primera Parte del libro *Las Relaciones Internacionales del Imperio Bizantino durante la época de las Grandes Invasiones* (Ed. del Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos «Fotios Malleros», 1972, Santiago, p. 16 y ss.), del Prof. H. Herrera. Recomendamos, del mismo autor, los artículos «Aproximación al Espíritu Imperial Bizantino» (en: *Revista de Historia Universal*, Pontificia Universidad Católica de Chile, (nº5) I, 1986, Santiago, p. 37-54) y «La Idea Imperial Bizantina: Representación y Concentración del Poder» (en: *El Mercurio de Santiago*, Mayo 14 de 1995, p. E- 25), donde el lector encontrará una interesante visión de la idea imperial

bizantina y su relación con el espacio, ideas que el autor profundiza en “Simbología política del poder imperial en Bizancio: los pendientes de las coronas”, en: *Byzantion Nea Hellás*, 13-15, 1993-1996, Santiago de Chile, p. 15-53. En cuanto al problema de las relaciones entre el poder imperial y la religión, así como la figura del emperador, véase el hermoso libro de G. Dragon, uno de los más grandes bizantinistas vivos, *Empereur et Prêtre. Etude sur le “césaropapisme” byzantin*, Gallimard, 1996, Paris. También serán de gran ayuda los dos artículos ya citados de H. Ahrweiler.

Para la llamada «crisis del siglo VII», o «Gran Brecha» según Zakythinós, revísense los interesantes trabajos de A. Stratos, publicados en un volumen de la colección Variorum Reprints titulado *Studies in 7th-century Byzantine Political History* (1983, London). El valor de la obra de Stratos radica en que, primero, se atreve a estudiar un período crucial para la historia de Bizancio y que, paradójicamente, ha sido poco estudiado, y segundo, en que analiza con erudición y perspicacia las escasas fuentes disponibles para el período, llegando a interesantes conclusiones. Para el mismo tema: Lemerle, P., «Les répercussions de la crise de l’Empire d’Orient au VIIe siècle sur les pays d’Occident», en: *Settimane di Studi sull’Alto Medioevo*, vol. V: *Caratteri del Secolo VII in Occidente*, Spoleto, 1958, p. 713-731, ahora en: Lemerle, P., *Le Monde de Byzance: Histoire et Institutions*, Variorum Reprints, 1978, London. Para una visión sintética de la situación general del mundo mediterráneo a comienzos del siglo VII, véase el artículo «Dagoberto y Heraclio. Un capítulo de Historia Diplomática», de H. Herrera (en: *Byzantion Nea Hellás*, 2, 1971, p. 135-151), como también el de G. Ostrogorsky, «The Byzantine Empire in the world of the seventh century» (en: *Dumbarton Oaks Papers*, 13, 1959, p. 1-21).

Respecto del tema del arte, remitimos a la amplísima bibliografía citada por Héctor Herrera Cajas en: “Los orígenes del Arte Bizantino. Ensayo sobre la formación del arte cristiano”, en: *Byzantion Nea Hellás*, 7-8, 1985, p. 57-160. También del mismo: “Los pueblos de las estepas y la formación del arte bizantino: de la tienda a la iglesia cristiana”, en: *Byzantion Nea Hellás*, 9-10, 1990, p. 159-174. En relación a la Iconoclasia, además de los capítulos que a este interesante tema dedican cada uno de los manuales citados más arriba, disponemos de algunos estudios publicados en *Dumbarton Oaks Papers*, 7, 1953: Ladner, G., “The Concept of the Image in the Greek fathers and the Byzantine Iconoclastic Controversy”; Alexander, P., “The Iconoclastic Council of St. Sophia (815) and its Definition (*Horos*)”; Dvornik, F., “The Patriarch Photius and Iconoclasm”.

El patriarca Focio, una de las personalidades más notables de la historia bizantina, ha suscitado el interés de diversos autores, que han estudiado tanto su vida como su obra. Debe citarse en primer lugar el libro de P. Lemerle (*Le*

Premier Humanisme Byzantin. Notes et remarques sur Enseignement et Culture à Byzance des origines au Xe Siècle, P.U.F., 1971, Paris, p. 177-204), obra que es un verdadero alarde de rigurosidad en el análisis histórico. Debemos el conocimiento de tal libro, como de muchos otros aquí citados, al Prof. H. Herrera, de quien recomendamos el artículo «Los Estudios Superiores en Bizancio» (en: *Byzantion Nea Hellás*, 11-12, 1991-1992, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos «Fotios Malleros», p. 27-49, especialmente las p. 33, 38-39). Recientemente se tradujo al español el libro *Filólogos Bizantinos* (Alianza, 1994 (1983), Madrid), de N. G. Wilson, quien dedica el capítulo V completo (p. 133-173) al análisis pormenorizado de la obra del mencionado patriarca. A F. Dvornik debemos varios estudios dedicados a Focio, publicados en el tomo *Photian and Byzantine Ecclesiastical Studies* (Variorum Reprints, 1974, London); de entre ellos remitimos en esta oportunidad a «Patriarch Photius, Scholar and Statesman» (en: *Classical Folia. Studies in the Church Perpetuation of the Classics*, 13 y 14, 1959 y 1960, New York, p. 3-18 y 3-22).

Respecto de los pueblos eslavos y la misión de evangelización de Cirilo y Metodio existe abundante bibliografía, de carácter tanto general como específico, que puede consultar el lector interesado. Entre los manuales de historia eslava vale la pena citar el de F. Dvornik, *Les Slaves. Histoire et Civilisation de l'Antiquité aux Débuts de l'Epoque Moderne* (Trad. de l'anglais par D. Pavlesky avec la collaboration de M. Chpoliansky, Ed. Du Seuil, 1970 (Boston, 1956), Paris), así como el de A.P. Vlasto, *The Entry of the Slavs into Christendom* (Cambridge University Press, 1970, London). En el libro *Byzantium and the Slavs: Collected Studies* (Variorum Reprints, 1971, London), se recogen dos artículos en los que D. Obolensky se ha preocupado del estudio de la vida y obra de Cirilo y Metodio: «Saints Cyril and Methodius, Apostles of the Slavs» (en: *St. Vladimir's Seminary Quarterly*, VII, New York, 1963, p. 1-11), y, «Cyrille et Méthode et la Christianisation des Slaves» (en: *Settimane di Studi sull'Alto Medioevo*, vol. XIV: *La Conversione al Cristianesimo nell'Europa dell'Alto Medioevo*, 1967, Spoleto, p. 587-609); en ambos trabajos el lector encontrará interesantes datos acerca de la obra de Cirilo y Metodio, el ambiente cultural de la época y el problema que entonces planteó la traducción de las Escrituras a una lengua vernácula. En el mismo volumen de Variorum Reprints se puede consultar el artículo «Russia's Byzantine Heritage», en el cual Obolensky se detiene en la importancia de la influencia bizantina en la formación de Rusia, aludiendo al problema de la Tercera Roma. Para el mismo tema, «Bizancio y la formación de Rusia» (en: *Byzantion Nea Hellás*, 6, 1982, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos «Fotios Malleros», p. 13-56), de H. Herrera, con abundantes referencias bibliográficas. Respecto del caso de croatas y serbios, por un lado, y del problema de la eslavización de los Balcanes, por otro, se pueden consultar nuestros trabajos: «Croatas y Serbios en el *De Administrando*

Imperio de Constantino VII Porphyrogénito», en: *Studia Croatica*, Revista de Estudios Políticos y Culturales patrocinada por el Instituto Croata Latinoamericano de Cultura, Buenos Aires, Argentina, Año XXXVII, n° 130, Marzo 1996, Buenos Aires, p. 24-45. (tb. publicado en: *Byzantion Nea Hellás*, n° 13-15, 1993-1996, p. 55-79.); «La cuestión eslava en el Peloponeso Bizantino (s. VI-X)», en: *Byzantion Nea-Hellás*, n° 11-12, 1991-1992, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos «Fotios Malleros», U. de Chile, Santiago, p. 205-244.

En cuanto a la historia del Imperio Bizantino después de 1204, y de la nación griega hasta el presente, véase la obra de A. Vacalópoulos (*Historia de la Grecia Moderna*, Trad. de A. Zorbas y N. Nikolaides, Ed. del Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos «Fotios Malleros» de la U. de Chile, 1995, Santiago), especialmente el capítulo primero, donde el autor analiza el problema del cisma eclesiástico y las corrientes «unionistas» bizantinas. La obra citada de Ch. Diehl, a propósito de las consecuencias de la Cuarta Cruzada, es *Byzantium: Greatness and Decline* (Trans. from the french by N. Walford, Rutgers University Press, 1957, New Brunswick-New Jersey); recomendamos especialmente las p. 163 y ss., donde el autor se ocupa del problema religioso y las relaciones entre el Imperio y el Patriarcado, así como también las p. 221 y s., dedicadas a la Cruzada de 1204.

Para el problema de la separación entre Oriente y Occidente, entre Catolicismo y Ortodoxia, es fundamental la mención de un interesante artículo de P. Lemerle, en el cual el eminente bizantinista, con una claridad notable, llegando a conclusiones sorprendentes, específicamente el rol que jugó en el curso de los acontecimientos la Cuarta Cruzada, analiza el problema del cisma entre las iglesias de Roma y Constantinopla: «L'Orthodoxie byzantine et l'oecuménisme médiéval: les origines du «schisme» des Eglises» (en: *Bulletin de l'Association Guillaume Budé*, Quatrième Série, 2, Paris, 1965, p. 228-246, ahora en: Lemerle, P., *Essais sur le monde byzantin*, Variorum Reprints, 1980, London). En nuestro artículo «Bizancio y la Civilización Cristiana Ortodoxa», en: *Bizancio: Arte y Espiritu*, Publicación del Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos «Fotios Malleros», U. de Chile, y financiada por Fundación Andes, 1995, Santiago, p. 67-77, seguimos de cerca los planteamientos de Lemerle. También son de interés los artículos de J. Gill reunidos en un tomo de Variorum Reprints (London, 1979), titulado *Church Union: Rome and Byzantium (1204-1453)*.

Para los últimos siglos del Imperio, contamos, además, y entre otros libros ya clásicos, con los manuales de Donald M. Nicol (*The Last Centuries of Byzantium. 1261-1453*, Cambridge University Press, Second Ed., 1994 (1972), Cambridge) y la reciente obra de John Julius Norwich (*Byzantium. The Decline and Fall*, Viking, 1995, London).